

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

EN PLENO FEUDALISMO

La denominación de conservador con que se distingue de los «liberales» el actual Gobierno, debiera ser lo suficiente para que no nos asombráramos de los procedimientos inquisitivos que emplean las autoridades de todas las provincias; pero el barniz de gobernante «a la inglesa» con que tanto se embadurna el señor Dato, nos había hecho creer— ¡cándidos de nosotros!— que ciertos procedimientos no se usarían mientras estuviera en el poder el sustituto de Maura.

No ha bastado la mordaza puesta al innato derecho de emisión pública del pensamiento, cuyo solo hecho demuestra el servilismo y el miedo de que están llenos los actuales gobernantes, siquiera para ello aleguen el deseo de no provocar conflictos en el exterior, aunque en el interior los provoquen por su temerario empeño de prohibir por la fuerza la celebración de mítins; no basta eso. Para servir a la clase que representan, a burgueses y hacendados, se ha llegado a más.

Asociados los campesinos andaluces para salir de la vergonzosa situación en que se encuentran con sus irrisorios jornales de 5, 6 y 7 reales por interminables jornadas de trabajo, cada vez que intentan rebelarse para obtener mejoras, el Gobierno inunda de tropas y guardia civil la campaña andaluza, no sólo para conservar el orden público, sino muchas veces para que los soldados suplanten a los huelguistas haciendo imposible el triunfo de la justicia.

Pero este año, los representantes del gobernante «a la inglesa» han sido asaz previsores pretendiendo acabar con la unión de los campesinos, y anticipándose a los hechos, en Torreperogil, un inspector de policía dispara su revolver en el Centro-Obrero y mata a un trabajador, a la vez que otro individuo que acompañaba al inspector, dispara también y mata a otro obrero.

Esto sirve de pretexto para la clausura del Centro (que es lo que se buscaba) y la prisión de buen número de obreros, los más activos, mientras quedan en libertad los agresores, a pesar de las terminantes declaraciones que hay contra ellos. Casi a la vez que esto ocurre, y como obediendo a un plan, en Casas Viejas y Medina Sidonia ocurren atropellos de otra índole, pero de idéntica finalidad.

A consecuencia del suicidio de un compañero que ejercía el cargo de presidente de la Sociedad de Campesinos, y cuyo suicidio pudo ser ocasionado por las amenazas recibidas del jefe del puesto de la guardia civil, se realizó buen número de prisiones, que recayeron, al igual que en Torreperogil, en los compañeros más significados por su acti-

vidad e instrucción. Y tan aparatosas resultaron las diligencias de este proceso, que la prensa diaria y los semanarios gráficos daban cuenta nada menos que del resurgimiento de la «tenebrosa» Mano Negra.

Afortunadamente los campesinos andaluces son muy desconfiados en asuntos de justicia y no se dieron punto de reposo hasta conseguir hacer luz en el asunto. Parece que algo han conseguido y los presos han sido puestos en libertad, siquiera ésta sea provisional; pero...—aquí el objeto de este artículo—véase en qué condiciones les han concedido la libertad.

Después de exigirles la presentación cada 15 días, se les ha dicho que: *caso de que surgiera algún incendio y no fuera hallado el autor, si ellos no acreditan donde estaban al ocurrir el incendio, serán presos inmediatamente.*

Antes de salir a la calle, fué llamado el presidente de la Sociedad de Agricultores de Medina Sidonia ante el juez, quien le leyó un oficio que decía: *Queda la Sociedad suspendida en sus funciones hasta que se falle el juicio o se sobresea la causa.*

¿Qué les parece a los trabajadores el párrafo en el que se les hace responsables de los incendios que puedan ocurrir, si no encuentran a los autores.

El procedimiento no puede ser más inquisitorial e impropio de un tiempo en que hasta los más reaccionarios dicen que luchan por la libertad.

Nosotros excitamos a toda la prensa obrera a que se ocupe del asunto y agite a la opinión hasta el extremo de hacer ver a los caciques andaluces y a las autoridades que tan servilmente les complacen, que no estamos dispuestos a que los campesinos recién libertados estén bajo tan absurda amenaza.

Estos compañeros han sido puestos en libertad porque no hay ni siquiera indicio racional para su proceso, y ni apelando a todas las artimañas de los leguleyos podía prolongarse más su prisión.

Los de Torreperogil siguen presos.

Pero el objeto está conseguido; han encarcelado durante las faenas agrícolas a los compañeros más activos; han clausurado los centros obreros y sembrando el terror con la presencia de la guardia civil y con absurdos procesos, la recolección se ha hecho sin que los que todo lo producen hayan podido ni siquiera reclamar una pequeña mejora en el salario.

La hipócrita política de represión a que el señor Dato ha llevado al país con la aquiescencia de casi todos los elementos políticos, ha hecho que en la mayor parte de España se viva en pleno feudalismo.

¿Consentiremos que esto continúe?

pleta de su Gobierno, ni a Rusia la caída del suyo, que, embozado en la «Unión sagrada», cometía abusos reaccionarios y era nulo en los campos de batalla.

En la Cámara francesa los derechistas cortaron la palabra acusadora a M. Navarre, exclamando:

—¡Viva la «Unión sagrada»!

—¡Que viva!—repuso el aludido diputado—. Pero la «Unión sagrada» no nos ha de impedir que denunciemos la incuria criminal del servicio de Sanidad.

¡Buena fuera!

Disertando sobre la guerra, que le parece imperialista, por parte, al menos, de una de las potencias aliadas y por todo el bloque de las potencias del Centro; guerra que no tiende a la realización de una idea de justicia, de un principio superior para el reglamento de relaciones internacionales, sino que tiende a la presunción de restringir la libertad de los pueblos, según los fines y los intereses de los Gobiernos, y regular las relaciones de aquellos según la utilidad de los Estados, Eduardo Bernsteim, del Reichstag, declara que, siendo el socialista, no puede menos de tener opiniones profundamente distintas de las de los Gobiernos sobre los intereses populares.

No lo entienden así, por lo que les respecta, los socialistas franceses de la «Unión sagrada»; y mientras más dan su brazo a torcer, más los flagela la reacción. Opóñese, por ejemplo, el socialista Cachin a que se haga la paz, y *La Liberté* le contesta que ellos, los nacionalistas, «se guardarán muy mucho de disputar sobre esta retractación de los socialistas ni de chirigotear con motivo de este acto de contricción, porque lo encuentran provechoso para el nacionalismo, y eso basta».

Así, así; tomen tripita.

¿Y dónde me dejan ustedes la actitud de los reaccionarios frente a la proposición de poner en la Cámara el busto—¡un triste busto!—de Jaurés, quien merecía catorce bustos y catorce estatuas, aunque sólo fuese por haber dado al socialismo francés el galardón de representar el derecho en el perdurable asunto Dreyfus, a quien trataron de crucificar los reaccionarios de la «Unión sagrada» que se constituyó en aquella época contra los librepensadores franceses y extranjeros?

«Va pour le buste», contestan esos mismos hoy cuando se les habla de glorificar la memoria de un gran francés que, aunque sólo fuese como orador, tendría derecho a glorificación. «Va pour le buste», dijeron también de Zola—que valió más que toda su época—, y al día siguiente, en Suresnes, lo embadurnaron, a traición y en la sombra, con materia fecal.

¿Y qué modo de discurrir, metiendo la pata, así los unos como los otros, sobre los sucesos de actualidad! Todos, todos, con criterio cerrado de reaccionarios a machamartillo.

Si el *Worwaerts* ha podido decir, flagelando claudicaciones del partido socialista alemán, que «el gordo y brutal feildmarschall» Hindenburg reemplaza ahora, para la Social Democracia, a Bebel y Liebknecht», ¿quién, en el partido socialista francés, reemplaza a Jaurés? ¿Y con cuánta razón la ex Emperatriz Eugenia, hablando de la guerra y de los republicanos, ha dicho: «¡Es mi revanche!».

No se pierde en Inglaterra el sentido liberal, y Lloyd George, apreciando la caída de Varsovia y sus consecuencias, advierte:

«Sombrias nubes se amontonan al Este, y yo las veo con angustia, pero sin terror, porque vislumbro a un tiempo mismo una esperanza que irradia en el horizonte negro: la regeneración del gran pueblo ruso porque los poderosos cañones y los golpes violentos de los alemanes rompen los mohosos hierros que encadenan el alma rusa. ¿Qué pasa más allá de Varsovia? El pueblo ruso se levanta, sacude las ruinas que le oprimían y prepara, con un espíritu nuevo, con una esperanza nueva, un país nuevo».

¡Eso, eso es pensar como liberal, señores internacionalistas de París, gubernati-

vamente opilados! Y eso es tener envidia y... redaños.

Si de la devastación del territorio ruso, de los voraces incendios que los cosacos van haciendo para cubrir a través de sus sombrías humaredas la retirada de los ejércitos de Mitschenko, surgirá la redentora luz que no consiguió iluminar hasta el fin la obra de la revolución última, porque se apoderaron de ella, para extinguirla en las estepas rusas, dejando a oscuras el movimiento de las huestes populares y sin jefes que lo guiasen, manos puercas y traidoras como las de Gaponi y otros revolucionarios, también vendidos para que la reacción se emboscara detrás de ellos...

LUIS BONAFoux

Londres, agosto.

Los presos de Cenicero

Ante mi vista tengo una carta de los compañeros presos en Logroño por los sucesos de Cenicero. Dichos camaradas exponen con valentía sus convicciones y no les importaría tanto su precaria situación ni alarmaría el fallo de la mal llamada justicia, si no fueran los lamentos que a sus rejas llegan. Un cuadro aterrador, no desconocido para los que hemos luchado y seguimos aun en la brecha, se ofrece a la vista de aquellos honrados hijos del terruño que sufren en la cárcel de Logroño, por el delito de defender sus derechos.

Dichos compañeros me dicen en una amarga exclamación: ¡Cincuenta y cuatro pequeños se revuelven en las torturas del hambre!

¡Pobres víctimas! Unidas a las muchas que están en igual situación, forman una lista interminable. Aunque se quiera, escasos han de ser los recursos que se les puede ofrecer, pero si no llegan a mitigar el hambre de esas pobre criaturas, a quienes el odio burgués hace víctimas, prestémosles con nuestro óbolo un ósculo de amor para que les digan: sus madres al darles el trocito de pan que les proporcione la solidaridad: «Hijos míos: a vuestro padre lo han encarcelado por ser bueno y por eso, porque fué bueno y luchó por el bien y la razón, no le faltan compañeros que se acuerdan de vosotros».

La solidaridad sostiene los entusiasmos; sin solidaridad los ánimos decaen y los luchadores que están en las cárceles sufren horriblemente. Solidaridad, compañeros, para esos cincuenta y cuatro niños que en Cenicero sufren hambre.

TERESA CLARAMUNT

El honor y la navaja

Mientras hemos creído avanzar con la ficción de nuevas formas políticas y sociales, he aquí que nos hallamos por dentro sujetos a los mismos tristes convencionalismos y dolorosos prejuicios de la parte más insana y menos tolerable del siglo XVII.

En verdad que los cuerpos andan en automóvil y las almas andan en carreta. Como en tiempos de Calderón, se sigue creyendo que la sangre lava la honra, y que en pago de lo que se llama honor puede tomarse una vida humana. La exaltación de esta teoría mueve al aplauso y consigue éxitos tan fáciles, pero tan reprobables, por la buena crítica, como los latiguillos teatrales.

El carácter de nuestras gentes es impresionable. Y como, además de esto, es mucho más fácil sentir que pensar, el impulso del corazón, desentendiéndose por completo de toda sumisión a la cabeza, quiere a veces justificar los más considerables errores.

El caso se repite con lamentable frecuencia. Los crimenes por la honra, como los crímenes por celos o por desdenes, pertenecen a la misma categoría ideológica, y como la enfermedad de la viruela, esa vergüenza nacional, no existen en ningún país más que en España.

Recientemente ha acontecido en Madrid uno de estos continuos casos. Un individuo ha matado a otro, so color de la hon-

ra familiar. Un apreciable escritor poco reflexivo, sintió ante el caso un extraño enternecimiento. Alzó la conmovida voz, acudieron a ella algunos ilustres abogados criminalistas, aunque éstos no hicieran sino cumplir su oficio, y llegó la blandura hasta el ánimo del juez, que con pronta generosidad, ha puesto ya en la calle al matador.

Nada más hermoso, en verdad, que la clemencia para con los delincuentes, aunque no haya sido precisamente clemencia la virtud que éstos ejercitaron en la comisión de su delito. Sin embargo, apartándose de toda vulgaridad y sensiblería, no puede aceptarse más que un principio. No hay derecho a matar a nadie. Sólo en un caso, el de la defensa de la propia vida, debe admitirse como una necesidad última el rechazar por todos los medios la agresión que tiende a privarnos de la existencia.

Después, ni aun la defensa de la hacienda debe autorizar al hombre para disponer de la vida de sus semejantes. Y mírese, por tanto, si un concepto abstracto, tan variable según las latitudes y los tiempos, como es el de la honra, puede aceptarse como causa de muerte. La cuestión es seria, y de una trascendencia social que merece ser examinada con más cuidado que la superficialidad bulliciosa con que el público de la galería se entusiasma ante el final de un drama escrito para halagarle.

No es lícito seguir sosteniendo el prejuicio calderoniano. Una vez más acude a nosotros la frase de Beaumarchais: «Mire usted dónde demonios a ido a alojarse el honor». La pérdida de una doncella, que al desaparecer no hace más que cumplir el fin para que fué creada, no puede valer la vida de un hombre. No hay proporción, no existe relatividad. La existencia humana nos ha sido concedida para conservarla en nosotros, y respetarla en el prójimo, hasta que la potencia creadora que nos la dió sea servida de recogerla para llevarla a sí o transformarla, según sus leyes, que son más altas que las nuestras.

Descendiendo a más terrenas menudencias, no debe creerse en las seducciones. Al contrario, los seducidos suelen ser los galanes, a quienes no se les ha de pedir que al lado de su cuya insinuante y suave, tengan paciencia de cartujos y fortaleza de eremitas. Textos hay, a más de los argumentos que el vivir nos presenta, para abundar en el socorrido tema de las seducciones. Basten, sin embargo, dos, de tan alta autoridad en las cosas del mundo, como hallados que son, el propio Miguel de Cervantes. Uno, en «La gitánilla», cuando dice Preciosa:

«Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina a ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser».

Y otro en la segunda parte del «Quijote», cuando a Sancho, gobernador, se le presenta en juicio aquella mujer que se decía forzada por el ganadero rico. Oye Sancho los grandes extremos con que la presunta víctima hace su querrela, y manda al presunto forzador que la entregue una bolsa llena de plata. Y cuando luego que salió ella ordenó al ganadero que por la fuerza le arrebatase la bolsa que la diere en su presencia, tornaron los dos fuertemente asidos, él confesando que no podía quitársela, y ella, diciendo que antes le quitarían la vida, sazonando con otras airadas frases su protesta. Entonces fué cuando Sancho, después de haberla hecho devolver la prenda, habló así: «Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, le mostráredes, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza».

El valor de estos prejuicios, que se conservan todavía, estriba en la desmedida importancia que se concede a las cuestiones sexuales y sensuales. Ante la lógica y el buen sentido, y un amplio y claro concepto de la vida, son de tal naturalidad y accidentalidad, que sólo en una ideología mohosa y rutinaria pueden ser notadas como graves. El falso concepto del honor, que llega hasta impulsar al crimen, es un

PARÍS-LONDRES

REACCIONARIOS EMBOSCADOS

De frase vulgar, la «Unión sagrada» se convirtió, por obra y gracia de la guerra, en frase admirable, y ha venido siendo, de un año a esta parte, glorioso pabellón nacional y también tapalotodo detrás del

cual se han escondido muchas, muchísimas cosas feas de la política y la administración. Así, con la socorrida «Unión sagrada» puede un gobierno, por mal que lo haga y por funesto que sea, estarse mil años en el poder, alegando lo de la gigantesca lucha, aunque también luchan gigantesamente Inglaterra y Rusia, lo que no impidió a Inglaterra la modificación com-